

literatura, ganará mucho la Religión, y no lo desmerecerá su propia conciencia.

Comprendo que le sea á usted doloroso; pero Dios bien merece ese sacrificio.

Y si Abraham tuvo el brazo levantado para sacrificar á Isaac, que era un hijo tan bueno y digno de ser amado, ¿por qué no ha de tener usted el mismo valor tratándose de unos hijos tan feos y tan ruines?

Ea, señor obispo, un poco de ánimo, y... á la lumbre con todos esos papeles.

Bien sabe usted que de los que se hacen violencia es el reino de los cielos.

*Violenti rapiunt illud* (1).

(1) Math., XI, 12.

## IV

¡Mondadientes de níquel para la dentadura, con cuatro usos, diez céntimos!

Así pregona todos estos días en la acera del Ministerio de la Gobernación un galapán que todavía, según van las cosas, si le ayuda un poco la suerte, podrá llegar á ser el jefe de aquella gran casa, ó cuando menos á entrar en ella como en la suya y á pasearse en coche con cifra y corona de marqués por la curva grande del Retiro.

¡Mondadientes de níquel para la dentadura, con cuatro usos, diez céntimos!

Hay que convenir en que la mercancía no es cara.

Porque realmente el vendedor, mediante el pago de los diez céntimos, da un chisme que por un extremo es un mondadientes *para la dentadura*, como él tiene cuidado de advertir; por el otro una cucharilla para limpiar la



cera de los oídos; esta misma cucharilla con otra pieza que va articulada forma unas pinzas para sacar breznas, y todavía lleva en el medio del vástago un poco de escofina para gastar las uñas.

¿Qué más se puede pedir por un perro grande?

Lo que hay es que luego el chisme no es de níquel, sino de hojalata, y se oxida y se desarticula, y ni el mondadientes monda, ni la cucharilla limpia, ni las pinzas extraen, ni la escofina gasta, y todo es inútil...

También habrán ustedes visto vender navajitas con sacacorchos, y habrán notado que, á lo mejor, ni la navaja corta, ni el sacacorchos presta otro servicio que el de romper los bolsos del chaleco.

Asimismo suele venderse en la Puerta del Sol un lapicero que, siendo por uno de los extremos lo que su nombre indica, por el otro es un portaplumas con su pluma metálica, y tampoco suelen servir ni la pluma ni el lápiz...

Me hace recordar estas cosas un libro de versos y manchones, titulado *Colombinas con ilustraciones del autor*, lujosamente impreso hace poco en San José de Costa Rica.

Porque el autor, don Juan Fernández Ferraz, versifica y dibuja, según del título del libro se deduce; mas no hace bien ninguna de las dos cosas.

Que es lo que suele pasar á todos los estuches: servir para muchas cosas y no servir bien para ninguna.

Desconfíen ustedes de los estuches humanos, lo mismo que de los de limpieza.

Cada cosa para lo que es, y cada cual á su oficio, y gracias que sirva.

No compren ustedes nunca estuches de viaje.

Y por lo demás, en cuanto oigan ustedes decir: «Ese hombre es un estuche», tengan ustedes por seguro que no se le puede encomendar nada.

No lo digo, aunque lo podría decir, por don Segismundo Moret, que además de ser catedrático y consejero de ferrocarriles y académico (¡!), ha sido ministro á la vez de Fomento y de Estado, y sucesivamente lo ha sido de Ultramar, de la Gobernación, de Fomento, de Estado, y no recuerdo bien si de Hacienda.

Lo que recuerdo perfectamente, es que lo ha hecho bastante mal en todos los ramos.

Volviendo al libro de *Colombinas con ilustraciones del autor*, diré á ustedes que éste reconoce con modestia laudable que ni las *colombinas* ni las *ilustraciones* son buenas, pues dice en una advertencia á quien leyere, «que los dibujos, en falta de mérito artístico, deben de correr parejas con las poesías.»

Así es verdad.



Y es lástima.

Porque un hombre como el señor Fernández Ferraz que, además de ser modesto, es bastante recto en sus juicios y tiene amor á España, circunstancia no demasiado frecuente en los escritores americanos, era digno de hacer mejores versos y mejores dibujos, ó de no hacerlos ni buenos ni malos.

Conste que me es simpático el señor Fernández Ferraz, y, sintiendo que haya hecho versos malos, voy á decirle por qué lo son, á ver si en adelante los hace mejores ó se abstiene de hacerlos.

Los dibujos los dejo á un lado, siguiendo el consejo de Urganda la desconocida:

«No te metas en dibujar  
Ni en saber vidas aje-...»

Respecto de los versos... mire usted, señor Fernández Ferraz: en la primera *colombina* titulada *Huelva*, y en su primera estrofa, ya llama usted *lóbrego* al convento de la Rábida.

¿Lóbrego? ¿Por qué?...

¡Si es todo lo contrario!...

La segunda estancia empieza así:

«En tus bosques ¡oh Huelva! creció el pino  
Primero que surcó el ancho Oceano,  
Y que al antiguo le enseñó el camino  
Para el mundo ideal que el *hondo arcano*

De Castilla y León puso á los pies.

Y hoy en *todas* las lenguas te saludan  
Los pueblos *todos* de la tierra *entera*...»

El segundo verso es bastante duro. Lo del *hondo arcano* apenas se entiende, y después de entendido se ve que no está bien, porque no fué el *hondo arcano*, sino Colón, ó la Divina Providencia por medio de Colón, quien puso el Nuevo Mundo á los pies de León y Castilla; y, por último, en aquello de en *todas* las lenguas los pueblos *todos* de la tierra *entera*, sobra por lo menos este último adjetivo.

En la segunda mitad de la tercera estancia se lee:

«...á quien asilo  
Diste tan sólo tú, y por tí la historia...»

¡Por Dios, don Jnan! ¿Cree usted que ese último renglón es un verso endecasílabo?... Pues nadie más ha de creerlo, aunque usted lo jure.

«Diste tan solo *tuy!*...»

Tuy es una ciudad gallega...  
Y no hay remedio: la *y* hay que pronunciarla con el *tú*, prescindiendo de la coma, porque si se espera á pronunciarla en el se-



gundo hemistiquio, no hay verso endecasílabo posible, sino un heptasílabo agudo,

«Diste tan sólo tú,»

y otro de seis sílabas llano,

«Y por tí la historia...»

La *colombina* siguiente, titulada *Isabel*, es todavía peor que la primera.

Está escrita en quintillas, y empieza así:

«Cuando al último rey moro  
Rendido *miró* en Granada,  
De Colón la empresa, de oro  
Inagotable tesoro  
Dió á Isabel...»

Y antes de pasar adelante, ¿quién *miró* rendido en Granada al último rey moro?...

¿De Colón la empresa?... ¡Bah! Las empresas no miran.

¿Isabel?... Isabel figura ahí como término del verbo dar, es decir, que es un dativo, y no parece que pueda ser al mismo tiempo nominativo ó sujeto del verbo mirar...

En fin, que no está claro.

Y si de las «sublimes y altas musas» dijo Iriarte que, sin la claridad, las faltaba todo,

¿qué diremos de la musa de usted, señor Ferraz, que es oscura sin ser sublime ni alta?

Concluyamos la quintilla:

«Cuando al último rey moro  
Rendido *miró* en Granada,  
De Colón la empresa, de oro  
Inagotable tesoro  
Dió á Isabel. Gente ignorada...»

Estas dos palabras van con cargo á la quintilla siguiente.

Que dice:

«(Gente ignorada)  
Del apartado Occidente  
Sacó el genio del misterio...»

Y tampoco se sabe si la gente ignorada sacó el genio, ó el genio sacó la gente ignorada; ni se sabe quién es *del* misterio, si el genio ó la gente, ni para qué está ahí el misterio, como no sea para concertar con un hemisferio que hay más abajo.

Y cuidado que los otros tres versos de la quintilla tampoco dan más luz sobre el asunto.

Veámosla toda:

«... (Gente ignorada)  
Del apartado Occidente  
Sacó el genio del misterio:  
Que para agrandar su imperio  
Puso á sus pies reverente  
Colón todo un hemisferio.»



¿De quién es el *imperio* del tercer verso?  
Hay que suponer que sea de Isabel, pero no  
consta.

La tercera quintilla dice:

«Bien valía la grandeza  
De su hermoso corazón,  
Que diadema á su cabeza  
*Joya de tanta belleza*  
Se pusiera, y con razón...»

Así es, con razón, aunque sin poesía.  
Hay que advertir que el *y con razón* no se  
refiere á lo de ponerse *diadema á la cabeza ó*  
*joya de tanta belleza* (que no se sabe qué *joya*  
es), sino á lo que sigue:

«Aclamamos la memoria  
De tal reina que, *á mi ver*,  
El claro sol de su gloria  
De España alumbra la historia  
Por *lo* reina y *lo* mujer.»

Es verdad; no sólo al ver de usted, sino al  
de todo el mundo.

Es verdad, sí señor, es verdad; pero no es  
poesía.

Digo, *á mi ver*, no es poesía.

Vamos adelante:

«Reina, su imperio agrandó  
Conquistando un Nuevo Mundo,  
Después que al moro arrancó

Con empeño *sin segundo*  
(*Pero no sin ripio, no*)  
La patria que, en yugo *inmundo*,  
Bajo aquel poder gemía;  
Mujer, con la fe por guía,  
Y *ciega* á toda razón  
(*¡Hombre! ¡eso es contradicción!*)  
Vió ese mundo que veía  
La *locura* de Colón.»

Adelante:

«Reina, abatió el poderío  
Odiado del extranjero...»

¿Odiado del extranjero...? ¿O es el poderío  
del extranjero odiado del español...? Merecía  
saberse. O decirse de modo que se supiera.

«Reina, abatió el poderío  
Odiado del extranjero;  
Mujer, contra el juicio *huero*

(¡Atiza!)

De los sabios y *el desvío*  
De los magnates, *dió entero...*»

¿Qué dió?

¡Ah! Bueno; ya sé que usted, según su cos-  
tumbre, ha puesto ahí el *dió entero* para lle-  
nar la medida del verso, pero sin que el sen-  
tido pertenezca ahí, sino á la quintilla que  
sigue:



«... (dió entero)  
 Crédito al genio fecundo  
 Que se cansó de ofrecer  
 Por todas partes su mundo:  
 Para hombre tal *sin segundo*  
 Reina tal y tal mujer.»

Y tal y tal.

Por supuesto, sin que se olvide el consabido  
*sin segundo*, siempre que ande por ahí cerca  
 el mundo.

En la tercera *colombina*, que se titula *El*  
*guardián de la Rábida*, se halla este verso, que  
 quiere ser endecasílabo:

«De los trajines y las agonías,»

que, por supuesto, no es verso.  
 Y estos dos:

«Que por los claustros van  
 Los ecos con afán,»

que, por supuesto, no son verdad; porque los  
 ecos no tienen afán, ni pueden tenerle.

*E-cos-con-afán.*

Y estos otros:

«Es un extraño, un pobre aventurero,  
 Por magnates y sabios rechazado;  
 Es Cristóbal Colón, que el derrotero

Del Occidente oscuro é ignorado  
 Explica al buen guardián,  
 Y á medida que van  
 Hablando, más y más interesado...»

¿¿¿...???

Y se acabó la estrofa. Vamos á ver qué dice  
 la otra:

«Escucha el fraile...»

¡Ahl...

«Escucha el fraile... y ya pasó la cena...»

Sí pasaría; pero á mí no me pasa el susto  
 que usted me ha dado con aquella terminación  
 de la estrofa en lo más interesante.

Otro poco:

«Y del convento el tétrico recinto...»

¡Vuelta la burra al trigo!

*Lóbrego... tétrico...*

No señor, no. ¡Si los conventos no tienen  
 nada de tétricos, ni de lóbregos! ¡Usted los ha  
 visto con los ojos de Cánovas!

«Y del convento el tétrico recinto  
 Fué cátedra de ciencia...»

Como siempre. Lo extraño ahí es que usted  
 lo extraño.



¿Pues dónde cree usted que se conservó y cultivó la ciencia, sino en los conventos?

«Y del convento el tétrico recinto  
Fué cátedra de ciencia: allí *Marchena*  
(*Asonancia no buena*),  
Por entender mejor *el laberinto*,  
A Garcí-Hernández trajo, y *norabuena*  
Por la comunidad  
Con gran solemnidad  
Fué acogida su voz. Aquella escena...»

Y vamos á ver qué nos dice de aquella escena del *laberinto* y de la *norabuena* la estrofa siguiente.

Quedamos en

«Aquella escena  
De espanto y regocijo, de *mohines*  
Y signos persuasivos, de contrarios  
Pareceres y textos, medios, fines,  
Y resultados de sucesos varios,  
Era cosa de ver  
(*¡Hombre sí que sería!*)  
En Palos de Moguer:  
(*¿Pues no había de ser?*)  
¡Oh, casos de la vida extraordinarios!»

Así es.

Casi tan extraordinarios como la poesía en el libro de usted.

«¡Oh, casos de la vida extraordinarios!»

Y prosáicos.

La *colombina* siguiente, titulada *Colón-Pinzón* (así, con guión), empieza de este modo:

«Oh Huelva,  
Lástima que yo no vuelva...»

¿A escribir versos?...

No, no es lástima, sino al contrario: más vale que no vuelva usted.

Después viene otra *colombina* titulada *Las joyas de Isabel*, que también tiene bastantes prosaísmos; y luego un romance titulado *A la vela*, que no parece hermano de las anteriores.

Señor don Juan: si los romances los hace usted así tan pasaderos y las otras cosas tan malas, ¿por qué no ha escrito usted sólo romances?

En la *colombina* titulada *Rebelión*, que está escrita en tercetos, ya se rebela usted de nuevo contra la poesía y contra el buen gusto, ensartando prosaísmos y sembrando epítetos á troche moche.

Verbigracia:

«Mas la ignorancia torpe é insolente  
Loco le apellidó... Si tal hicieron  
Doctores y magnates igualmente...  
.....  
Del tormentoso mar en la insegura  
*Mezquina* construcción endeble y leve  
De sus *astrosas* naves con *pavura*.  
Y desencanto *ruin* é insidia *aveve...*»



No señor, eso no es poesía.

En la Academia podría pasar porque así escribiría Cañete, y así, poco más ó menos, escriben Cheste y Marcelino, académicos todos.

Pero fuera de la Academia nadie llama ya poesía á esas desdichadas combinaciones de palabras sin uso.

¡Tierra!

—¡Gracias á Dios! — exclamé al leer este título de la *colombina* siguiente; mas luego he visto que aunque ha dado usted, señor don Juan, el grito de ¡Tierra!, todavía no llegamos á la orilla.

Todavía, después de esta composición, en la que quiere ser verso endecasílabo esto que copio:

«Surgió á tu voz la tierra ahora mismo,»

hay otra que se titula *Cantata épica...* y que es por lo menos tan mala como las peores.

Empieza:

«Tened ¡oh musas! sujetad mi vuelo;  
Pues me he elevado tanto que no alcanza  
El ojo deslumbrado á ver el suelo...»

Es claro. Y se va usted á caer, y va á ser terrible la caída.

Todo por empeñarse en subir á donde no puede usted sostenerse.

Ha dedicado usted la cantata épica á la

*Unión Ibero-americana*; pero ¿qué unión ha de haber con *cantatas* así?...

No señor: con esos versos se logra hacer la Unión de ustedes á la Academia ó de la Academia á ustedes, que tanto vale; pero la Unión á España, lejos de hacerse con tales versos, se dificulta.

Usted mismo casi lo reconoce cuando escribe:

«Allá se oyen ecos espirantes  
(Se joyen, ó no hay sílabas bastantes)  
Que simulan dolores y agonias...  
Y ¡ay! el alma de España laceraron.»

¡Naturalmente! ¿No habían de lacerar semejantes versos?

El alma y el oído.

Lo mismo que decir á América:

«¡Qué inmensos y peregrinos  
Son los floridos caminos  
Por do tu genio camina!»

Los caminos, esos caminos de los malos versos por donde camina, serán todo lo floridos, todo lo peregrinos y todo lo inmensos que usted quiera, pero conducen al ridículo en derecho.

Y no á otra parte.

«Del fondo del hondo arcano...»



Así: del fondo del hondo...

¡Qué dulzura y qué!... en fin...

«... el quechua blando

Cede al embate y bajo el golpe espira  
La incásica nación... Grito nefando...»

Otro golpe, ú otro *golpespira*:

«... los indios gimen,

Pero el yanque los caza como á perros,  
Y vosotros jamás hicisteis tanto.»

Yo lo creo; ni tanto ni nada de eso hicimos nosotros. Eso es verdad... aunque no es poesía.

«La fe os guió y el genio, y vuestros yerros  
Están cubiertos por el velo santo  
De religión y ley... Los altos cerros...»

Hombre, eso es marcharse por los de Úbeda.

Vaya usted con Dios.

## V

En una revista centro-americana titulada *Cuartillas*, he encontrado un soneto con esta firma al pie: *Justo A. Facio*, y con estos dos rótulos á la cabeza: *Tu musa, á Julián del Casal*.

Es de advertir que Julián del Casal era un mal poeta cubano, muy celebrado allá, en la sociedad de elogios mutuos, cuyos órganos son *El Hogar*, *La Habana Elegante*, *El País* y otras publicaciones más ó menos antiespañolas en política, pero igualmente noñas en literatura.

Comienza así el soneto del señor Facio:

«La frente pura y celestial...»

—¡Lo de siempre!— dirán ustedes:—építetos á pares.

Pues sí, lo de siempre.